

Tantos pequeños reinos, divididos
Por miras y pasiones encontradas,
Que á palmas arrancados en la lucha
Fueron al musulman; las recias vallas
De situacion, distancias y costumbres;
Todo fué parte á confundir el habla,
Y á producir dialectos que ha vencido
La poderosa lengua castellana.

Clara, enérgica fácil, melodiosa,
Llena de majestad y de elegancia,
De su base latina los sonidos
Al nervio del teutónico y la audacia
Sabe juntar, y amalgamar con ellos
El tesoro poético de Arabia,
Que, en sapiente raudal, la Media Luna
Por ocho siglos derramó en España.

Todo pueblo naciente cuyos labios
Apenas articulan las palabras,
Mas cuya mente abriga altos designios,
Cuyo pecho acomete empresas arduas,
Sus guerras, sus triunfos, sus desdichas,
Sus caudillos, su amor, todo lo canta.
La poesía, cuna de su lengua,
La nutre, le dá formas, la engalana.

Y así en Castilla sucedió: las rimas
De trova montaraz, desaliñada,
Sirvieron al amor, á la belleza,
Al son caballeresco de las armas,
Y al espíritu audaz y religioso
De la edad media. Desplegó sus alas
Años despues la musa de Castilla,
Y alzóse al éter sonora y blanda

Los sencillos cantares que enaltecen
Del Cid Vivar las ínclitas hazañas,
Son la joya primera recogida,
Por esos tiempos, en la ciencia Gaya;
Y Berceo y el sábio don Alfonso,
El príncipe Manuel, Castro y Ayala,
Y el de Villena y Santillana y otros
Los arrullos rimaron de su infancia.

Tal fué la cuna, tales los vagidos
Del que ahora en el ámbito de España,
Único idioma y absoluto reina;
Del que reina en la tierra americana
Que descubrió Colon, y sometieron
Los Pizarros, Cortéses y Quesadas,
Y del que puede con razon decirse
Que no se pone el sol en sus comarcas.

Si el cielo azul, si escenas pintorescas,
Si el aromoso ambiente y brisas blandas
Diéronle fuerzas, giros y dulzura,
Allá donde la mente estuvo esclava,
¿Qué no podrá esperar de estas regiones
De torrentes y valles y montañas,
Que en veste virginal, con voz sublime,
La libertad del pensamiento aclaman?

¿Qué no podrá esperar si en algun día
Los dispersos fragmentos de su raza,
En la patria comun del patrio idioma,
Dan á las letras y al saber morada?
Se abrirá nuevo campo á sus conquistas,
De otros lauros será su sien orlada,
Lucirán en su cielo otras estrellas,
Y ecos sin fin pregonarán su fama.

DOMINGO DIAZ GRANADOS

Nació en Medellin, en 1835, y fué muy jóven á la capital, donde concluyó sus estudios. En *La Guirnalda*, *El Porvenir* y *El Mosáico* se encuentran varias de sus composiciones, originales unas, otras imitadas del inglés y del italiano; las demás permanecen inéditas. Se ha dedicado á la carrera del foro.

TIEMPO QUE FUÉ

Ah! dime las palabras que en un día
De tu labio dulcísimo escuché!
Dime aquellas palabras que te oía
Cuando á tu lado tan feliz vivía!

¡Tiempo que fué!

Si; dime lo que entonces me dijiste,
Dime lo que hoy el corazon no cree!
Dime que ingrata para mí no fuiste,
Que nunca en ser perjura consentiste!

¡Tiempo que fué!

Bate el dolor mis sienes palpitantes
Al pensar que de tí me alejaré;
Y es que tus ojos, de pasion radiantes
No brillan hoy, como brillaban ántes!

¡Tiempo que fué!

¡Deja, deja que piense al separarme
Que no es mentira lo que yo soñé!
Dime que nunca puedes olvidarme,
Que me amas hoy, como supiste amarme!

¡Tiempo que fué!

¿No recuerdas el sitio en que solias
Confesarme tu amor, llena de fé?
No recuerdas que entonces me decias
Que nunca, nunca, tú me olvidarias?

¡Tiempo que fué!

Entonces halagaba tu esperanza
La dicha que mil veces te juré!
Tu alma entonces, rebelde á la mudanza,
Cifraba en mí su amor y su bonanza!

¡Tiempo que fué!

Mas, aunque halles feliz en tu carrera
Otro que te ame como yo te amé;
Por mas que le abandones tu alma entera,
Me darás un recuerdo: ¡uno siquiera!

¡Tiempo que fué!

Yo olvido tu inconstancia y mi agonía,
Yo olvido los tormentos que apuré,
Lo olvido todo, todo, prenda mía,
Por creermie tan dichoso como un día!

¡Tiempo que fué!

EL ÁRBOL DEL RECUERDO

Hay en el yermo oscuro de la vida
Un árbol consagrado al sentimiento,
Á cuya sombra duerme el pensamiento,
Velado por el ángel del amor.
El sol no quema sus brillantes hojas
Ni el viento del olvido las consume;
Su tronco no se abate; su perfume
Se aspira dulcemente en derredor.

Las aves del desierto peregrinas
Buscan seguro abrigo en su follaje;

El aura se columpia en su ramaje
Y el torrente le brinda su cantar.
Nunca el turbion que rueda en el vacío
Bate sobre él sus alas destructoras;
Ni las nubes empañan las auroras
Que van allí su luz á derramar.

Bajo la fresca sombra de sus ramas
Exhala el alma triste sus congojas;
Lamenta su infortunio, y en sus hojas
Escribe desolado su inquietud;

Y al hálito feliz que allí se aspira
Vé renacer las muertas ilusiones,
Los ensueños de amor, las afecciones
La gloria, la ambición, la juventud.

Este árbol simboliza la *memoria*
Con sus tintes de dicha y desventura;
Cada hoja un afecto nos murmura;
¡Cada rama nos dice una pasión!
Los hombres lo apellidan el *Recuerdo*;
Y cuando el sol de la desdicha asoma,

A UNA ZARZA-ROSA

¡Cerca, cerca de mí, sobre mi pecho
Pasa tu vida, pesarosa flor...!
¡Postrer regalo que el amor me ha hecho,
No te apartes de mí, no, por favor...!

¡No te apartes de mí, mientras que dura
Quiera cebarse en mí la adversidad:
Consuelo en el horror de mi amargura,
No me abandones nunca, por piedad!

¡No me abandones nunca, que la suerte
Te unió sañuda para siempre á mí...
Y yo ménos cruel, juré quererte,
Vivir unido para siempre á tí.

Á tí que aciaga en tu corola escondes
El secreto fatal de mi dolor;
Á tí, que fina á mi clamor respondes,
Última prenda de mi dulce amor!

Á tí, tan solo á tí, de no ¿qué fuera
De mi vida sin tí, flor de pesar?
¿Quién, sino tú, mis ayes recogiera?
¿Quién, sino tú, me ayudaría á llorar?

Acuden á su asilo y en su aroma
Van á embriagar el triste corazón!....

Yo también á su tronco reclinado,
Sin ilusión, sin esperanza el alma,
Una vez y otra vez busqué la calma,
¡Y al fin bajo su copa me adormí!
Y hoy que para tu *libro de memorias*
Un homenaje á la amistad reclamas,
De las hojas más bellas de sus ramas
La más bella arranqué; ¡y es para tí!

Tú serás un consuelo en mis pesares,
Bálsamo de mi herida tú serás....
Y si otra vez entono mis cantares,
Serán por tí, tú sola los oírás.

Yo te daré mis lágrimas por riego,
Mi corazón por lecho te daré....
Mas si te quema de mi llanto el fuego,
No te enojés, mi flor, no lloraré!

No lloraré, lo juro; ni un suspiro
De mi apretado corazón saldrá.
Tú eres ya el solo bien porque deliro:
Cuidarte solo mi ambición será....!

Y cuando el grito de la parca fiera
Quiera mi vida y mi dolor matar,
No olvides que mi túmulo te espera,
Y debes su cúpula adornar.

¡No lo olvides, por Dios, mi zarza-rosa,
Te lo ruego, mi flor, de corazón!
Sé de mi triste y solitaria fosa
La cruz, el lema, la única inscripción!

FELIPE PEREZ

Este joven, hermano de Santiago Perez, nació en Sotaquirá, en 1834. Su primera obra, titulada: *Análisis política, social y económica de la República del Ecuador*, fué publicada en 1853. Después de esta, han aparecido sucesivamente sus novelas históricas, *Huaina Capac*, *Atahualpa*, *Los Pizarros*, *Jilma* y *El Caballero de la barba negra*. En 1858, se representó en el teatro de Bogotá, su drama titulado: *Gonzalo Pizarro*. Perez fué en 1848, redactor principal de *El Tiempo*, y en 1869, de *El Comercio*, periódicos políticos. Fué también fundador y redactor, durante un año, de la *Biblioteca de señoritas*, periódico literario.

EN EL ALBUM DE DOLORES MOURE

Como hombre ya casado
Y lleno de experiencia,
Voy á darte, Dolores,
De mi amistad la prueba,
Á guisa de romance,
Trazándote las reglas
De pasarte la vida
Sin zozobras ni penas.
Eres joven y hermosa,
Y mas que hermosa, buena;
Eres inquieta y viva
Como una tomineja;
Beata no te dicen
Pues no eres rezandera,
Y mas te gusta el baile,
Sin duda, que la iglesia.
Pues bien, estás en punto
De retener mis reglas,
Y con ellas labrarte
La dicha. Me oye atenta:
El placer es la vida,
La vida son las fiestas,
Las tertulias, los juegos,
Las deliciosas cenas,
En que, entre vino y flores
Y lámparas soberbias,
En apartada estancia
Al oído, ténues llegan,
Como un eco del cielo
Las dulces confidencias
Del alma que enamora
Nuestra alma, y se recrea
En desbordar la copa
Que el ánimo deleita.
¡Oh! noches casi siempre
Revestidas de estrellas,
De silencio y de aromas,

De dulce encanto llenas!...
Yo recuerdo sus lunas,
Misteriosas viajeras,
Melancólicas siempre
Y siempre solas, yertas!
Y tú, buena Dolores,
¿También no las recuerdas?...
La luna, amiga mía,
De hermosas y poetas
¡Es el astro obligado....
Es tan cándida y bella!

Vive, pues, como manda,
Dolores, la leyenda
Entre risas y versos
Perfumes, oro y seda;
La nivea, joven frente
Nunca adusta ni fiera;
El ojo vivo, inquieto,
Rayo de amor, en regla;
Y ceñida con pámpanos
La blonda cabellera;
Listo el labio á la risa,
Lista el alma á la fiesta,
Y listo el pié, Dolores,
Á la danza lijera.
Y si tocan á muerto
Ó te hablan de cuáresma,
Tápate los oídos
De Ulises con la cera.
Si te llaman *la loca*,
Alborotada y necia,
No hagas caso á esos dichos...
Serán las malas lenguas,
Vidas de santo, historias
Por nada, amiga, leas,
Que es lectura pesada,

Chabacana, indigesta.
Yo en los libros, Dolores,
Prefiero las novelas,
Los cuentos exquisitos
De Mora y de Saavedra,
Y los versos rotundos
De José de Espronceda.
El violín no me gusta,
Ódio la pandereta,
Pero en cambio me encanta
La guitarra *somera*;
Y si está acompañada
Del canto de una bella
Entonces, *moró al agua*
Al punto soy.... me entierran.
En el cuarto en que habites
Ten siempre flores nuevas,
Pinturas amorosas,
Cortinajes y adelfas;
La media luz prefiere
Siempre á la luz entera;
Y haz que en la blanda alfombra
Los pasos siempre mueran,
Que á muchos ha perdido,
(No lo tomes á mecha)
El crujir de una bota
Sobre la dura estera.
Habla siempre argentino,
Mira siempre de veras,
Muévete con donaire,

Baila con gracia, y presta;
Á las mujeres trata
Como amigas á *médias*,
Y de los hombres oye
Las cosas como *nécias*;
Escucha sus requiebros
Pero jamás les creas,
Ay! que son la mentira
Con guantes y calcetas;
Y huye del matrimonio
Como de Dido, Eneas.

La juventud es breve;
Pásala toda amena;
No faltes á los bailes,
Ni á la fútil comedia,
Concurre á los pesebres,
Y al templo cuando hay fiesta.
Sobre amores, amiga,
No extenderé mi arenga,
Que en esto sois vosotras
Algo mas que maestras.
Concluyo en fin. Dolores,
Ten presentes mis reglas
Y cuando ya te acose
La vejez, siempre *tétrica*,
Échate al cuello un lazo,
Cuélgate y patalea.
Ello es mejor sin duda
Que el que te llamen vieja.

Á MI HIJA

I
¿Quién como tú divina,
Si en el regazo de tu jóven madre
Vuelves á Dios los ojos, de las sienas
Los mil caireles por garganta y pecho
En ondas de oro desatando suaves?
¿Quién como tú divina,
Si no hay clavel ni púrpura de Tiro
Que iguale al rojo de tus rojos lábios,
Y de la aurora la sonrisa de ángel?
Nevado el cuello, breve la cintura,
La frente igual, redonda,
Turgente el pecho, dó tal vez se anide
¡Ay! el amor de Safo,
Ó de Lucrecia, la irritada esposa,
De sangriento pudor la noble llama!
Tal te hizo Dios, y tal al contemplarte
Me haces feliz; de pobre, oscuro y triste,
Tornándome en altivo soberano.....

II
No naciste en la cámara de oro
Dó viene al mundo el hijo de los grandes,

Ni suspendió el destino en tu cabeza
De los mónstruos del Volga ó del Danubio
La corona imperial. Naciste sola,
Y fué tu cuna de algodón y flores
Y leve junco; en la mitad del cielo
El meridiano sol su disco entraba,
Y en los tranquilos sauces y en las rosas
La fresca brisa, susurrando leve,
Llevó hasta tí la pluma de sus alas.
Y ¿qué me importa á mí no darte un trono,
Ni alcázares, ni joyas, ni bajeles,
Si naciste cristiana, libre y buena?
Si es tu patria la América, y Granada,
De Dios dilecta, y grande, y valerosa,
Tu morada de rey, tu residencia?
De mimbre el arco y la vistosa pluma
De blanca garza, insignias misteriosas
Del Muisca lidiador, son á mis ojos
Maspreciado blason, mas rica prenda,
Que el cetro helado y fuerte
Que empuña el hijo bárbaro del Norte,
Y cuya punta en rayo convertida,
Cambia la luz en sombra!...

Tu cetro es la virtud; su oro y sus piedras
No son de polvo, no: guárdalo, mi hija.

III

¡Oh! yo te quiero, niña, cuando vuelves
Á mi tus ojos cándidos, serenos,
Mas que á tu madre en la ocasion primera
Que osé mi labio tímido, temblando,
Llevar al suyo de carmin.... Por eso
Siempre es mi cielo azul, y son mis días
Puros, brillantes, sin borrasca ó sombra!
Ahora soy jóven, jóven, que no cuento
Ni cinco lustros, no, y tú eres niña,
Niña como los ángeles que en torno
De la Reina del Cielo pintar suelen;
Pero mañana, blanca mi cabeza
Por la mano del tiempo, entre las tuyas
Irá á posarse, al divisar la lumbre
De mi último crepúsculo; tú entonces
No serás ya la que hoy.... ¡Oh! quiera el cielo
Bajo su manto de turquí guardarte!...
Mas si quisiera la contraria suerte
Temprana tumba abrirme, nunca olvides
Que *el mundo es un engaño, una mentira*,
Y que sus copas de ámbar guardan solo
Lágrimas y dolor; que los placeres
Penas ocultas son, ensueños, nada.
Nada el trono y la púrpura insolentes,
Nada la pompa militar, ni el lauro
Sacro que ciñe la cabeza augusta
Del hombre trovador. Oro y talentos,

Hermosura y encantos, ¡todo muere!
Solo es eterno Dios, y el que la senda
Sigue de la virtud; tú, pues, la sigue.
Y mi memoria plácida y amante
Conserva fiel en la memoria tuya,
Y con el viento de la noche, frio,
Ó con el ave torpe de los muertos,
Mándame tu suspiro, que yo en cambio
Te doy mi corazón, te dejo el alma.
Y de mi tumba en torno, mis estrellas
Mis jardines y cielos, pompa y oro,
Mis auroras y soles sean tus lágrimas!
Viértelas, sí, en el cáliz de la muerte.
Que es de plomo y acibar, ¡mas confía
En un mundo mejor, que ha de juntarnos!

IV

Mas si el destino me conserva, entonces
Cruzaremos el valle de la vida,
Tú siguiendo mi huella, yo en tus ojos
Amor y luz bebiendo, y en los míos
Virtud y fé, cariño y esperanza
Reflejando á tu paso; cual dos fuentes,
La una secada ya, la otra crecida,
Espumosa y sonante, que á ocultarse
Van en el mar inmenso de la muerte!
Será entonces igual, sí, igual mi hija
Nuestra suerte en la tierra; y en el cielo
Igual tambien, pues que en la fé de Cristo
¡Ambos nacimos, moriremos ámbos!

SOCONSUCA

En este corto valle circuido
De espesos sotos y azuladas cumbres,
Cabe á arroyuelo manso, desprendido
De agrio peñon, por entre mirtos bellos,
Miré del sol los vívidos destellos.

Y era ese el primer sol, la luz primera
Que cual un manto de oro, cobijaba
Mi humilde cuna, en su mecer ligera.
Mi madre al lado, en su gozar profundo,
Llena de amor me presentaba al mundo.

En el vecino prado retozaban
Mansos corderos y ágiles caballos;
En torno á mí los céfiros soplaban,
Y en cantos mil, unisonos, suaves
Me saludaban las canoras aves.

Redondo el cielo, azul y transparente,
Cúpula de cristal, me rodeaba...
La corona del ángel en mi frente,
La sonrisa de paz entre los labios,
Y el corazón sin pena y sin agravios.

¡Oh! qué feliz nacer! qué primer día!
¿Cuál lo recuerda el alma entusiasmada!
¿Por qué voló tan pronto su alegría?
¿Por qué dejó tan solo por despojos,
Luto en mi corazón, llanto en mis ojos?

Hoy solo queda en pié triste ruina,
Bajo árboles sin sombra, sin colores;
Y cuando mas, el ave peregrina,
Ántes de alzar su vuelo en la mañana,
Saluda á Dios en su primer hosana!

Triste el arroyo su onda quieta avanza
Por entre aliso y zarzas; de la sierra,
Mónstruo del aire, el águila se lanza
En busca de sustento.... la espesura
Tiembla á la voz del toro en la llanura.

Oh! ya no sube en espiral al cielo
El humo blanco del hogar querido!
En soledad el valle, desconsuelo
Lleva do quier; el alto trueno grita,
Y el vendaval los árboles agita!

Ápenas han veinte años transcurrido,
Y niño ayer y hoy hombre, de mis lares
Vengo á buscar en bosque envejecido,
Entre ansias mil y miles de querellas,
Las ya borradas solitarias huellas.

El arpa traigo al hombro, única prenda
Salvada en el naufragio de mi vida!
Benigno Númer en mi mente encienda
Llama de inspiracion y de fortuna,
¡Y pueda yo cantar mi pobre cuna!

Hoy no hay aquí un amigo; no hay hermanos,
Léjos están mis padres, ¡oh! muy léjos!
Implacables los hados inhumanos,
Cual las hojas el cierzo furibundo,
Nos han desparramado por el mundo

Oso llamar, y nadie me responde:
Las mismas piedras..... el camino..... todo.....
Todo está ahí lo mismo; mas ¿en dónde,
En dónde están los rostros placenteros
Que conmigo sonrieron los primeros?

¿Y el manso can y el estacado aprisco?
Por mis hermanas el jardín plantado?
El cabrito saltando por el risco?
La verde sementera, y la alegría
Que el convecino monte repetía?

¡Todo desapareció! Suerte importuna
Nos arrancó de aquí para otros climas;
Corrimos tras la ciencia y la fortuna;
Pedimos su secreto á las edades,
Y visitamos templos y ciudades;

El mar gigante sus gigantes olas
Apartó á nuestro paso.... el rubio día
En el estudio meditando á solas
Nos sorprendió, engolfados muchos años;
¡Mas nuestra ciencia fué de desengaños!

Mujeres mil su seno de hermosura
Y sus bocas de rosa nos brindaron,
El popular aplauso en su locura
Alguna vez nos concitó á la gloria,
Y otras nos desechó de su memoria.

Roto el cayado de la edad primera
Por el endeble cetro cortesano,
Diga el Destino en su habla lisonjera,
¿Qué era mejor : la beatitud del campo,
Ó de la gloria el fugitivo lampo?

Salve, santo lugar! humilde ruina!
Porque mi voz cansada desfallece,
Y mi agitada planta dó camina
Es mucho mas allá de tú horizonte.
Te diré adios desde el vecino monte!

JUAN FRANCISCO ORTIZ

Nació en Bogotá. Recibió su educación en los colegios de San Bartolomé y el Rosario. Ortiz fué presidente de la sociedad que redactó *La Estrella Nacional*, primer periódico literario de la Nueva Granada. Redactó *El Tío Santiago*, en 1848, y ha sido colaborador de otros muchos periódicos. Ha publicado numerosos artículos de costumbres, poesías sueltas y la *Relacion de sus viajes á las provincias del norte de la Nueva Granada*, y á las que forman hoy el Estado de Antioquia. Sus últimas composiciones han aparecido en *El Mosáico*. Ortiz es doctor y abogado de los tribunales de Colombia.

LA CRUZ DE MAYO

La mas graciosa niña de la aldea,
La virgen de los campos, coronada
De espigas y de rosas, llega alegre
Entre música, vivas y algazara
Al sitio donde extiende la ancha copa,
Difundiendo su sombra hospitalaria,
El árbol que sembraron sus abuelos
Junto á la era del trigo.... ¡Qué bizarra,
Qué hermosos son sus pasos! ¡Bienvenida
Sea la niña que esta turba aguarda!

En el barbecho, entre los negros surcos
Que humedecieron del abril las aguas,
Cerca del bosque donde implumes chillan
En su nido que cuelga de las ramas,
Los hijos de la alondra, la doncella
Una florida cruz tímida planta :
Cruz que bendicen en alegres coros
Bailando los pastores y zagalas;
Cruz formada de mirtos y de rosas,
Que se eleva graciosa y solitaria
Á la margen de arroyo cristalino,
Y á la vista de altísimas montañas;
Cruz que saluda el peregrino errante,
Siguiendo silencioso su jornada,
Viendo en sus brazos la ave del desierto
Que alisa y pule sus lustrosas alas.

¡Qué olor tan grato viene de las selvas!
¡Cómo cuelgan pomposas las guirnaldas
Sobre los viejos carcomidos troncos!
¡Oh! cuál las mecen las volubles auras!
Aquí descuella la fragante rosa
Reina del bosque entre tupidas ramas;
Allá la verde yedra y los jazmines
Se miran retratados en las aguas;
El buey aquí descansa perezoso,

Y mas allá las ovejuetas mansas
Las flores del tomillo van pastando
Cerca del río. ¡Hermosa y animada,
Rústica escena, que á la par cautiva
Los ojos de la carne y los del alma!
¡Si! que el alma, en su vuelo, se remonta
De la historia á las fuentes; y con rauda,
Con intensa mirada, los sucesos
Recorre por los siglos, y se espacia
Do el hombre no ha llegado, si atrevida
Una vez tiende sus inmensas alas.

La cruz era patíbulo afrentoso
En los tiempos de César : la preclara
Sangre de un Dios ennobleció el madero,
Por la salud del mundo derramada,
Cuando Jesús, triunfando del infierno,
Las sombras de la muerte dispaba
Y se cumplía de la ley el texto,
Y lo que los profetas anunciaron :
Entonces las coronas de los reyes
Se honraron con la cruz, y en las mas altas
Torres del Capitolio ya cristiano,
El Lábaro triunfante tremolaba.

Colon, mas tarde, atravesó los mares;
Buscaba un mundo, y lo encontró... En sus playas
Fija una cruz, y al *Salvador* invocó
Dándole humildes, expresivas gracias.
Siempre una cruz, cual signo de victoria,
Siempre una cruz, cual vencedora palma,
Veo en las manos del guerrero invicto,
Ó del mártir sublime que derrama
La sangre por su ley. Siempre ese signo
De fé, de caridad y de esperanza,
Que los cielos, la tierra y el abismo
De pasmo llenos con temor acatan.

